Miguel Ángel Perera

# LOS CANGREJOS BAILAN PEGAOS

Visión Libros

Miguel Ángel Perera

# Los cangrejos bailan pegaos

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 LOS CANGREJOS BAILAN PEGAOS
© Miguel Ángel Perera
pereramiguel46@gmail.com
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias, 35 bis. 28029 Madrid. España
Tel: 0034 91 3117696 Web: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9011-517-6
Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook
www.vnetdistribuciones .com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

## ¿Por qué tuve que pararme?

Nemesio se despertó cuando el chofer del autobús detuvo violentamente el vehículo.

—Ciudadanos y ciudadanas cumplo con informales que esta unidad de la Cooperativa Endógena Revolucionaria Bolivariana, La Pastora Bello Monte, se solidariza con el paro de conductores motivado por la muelte de dos camaradas en mano de la hampa y les pido a los usuarios su solidaridad con el pueblo soberano en huerga así que no me pidan que les devuelva los riales y ahora me hacen el favol y se me bajan.

—¡Epa chamo! pásame un caucho viejo pa´quemalo,

—Ya va, ya va.

Una bella pasajera, con unas tetas enormes y tongoneado de arrabal con saborío, no pareció conforme

—¡Qué va!, a mi me devuelves mis reales.

—¿Qué pasó mami, tú no eres soberana?

—¡Soberana será el coño de tu madre desgraciaó!

—Bueno mi llave ¿Y entonces? pásame el caucho.

A pocos metros del colectivo en medio de la calle una pira de neumáticos despedía un humo vulcanizado negro, denso y asfixiante. Del otro lado de la hoguera varias docenas de policías atufados por el calor del fuego y por sus corazas ergonómicas a lo Mazinguer Z desviaban el tráfico.

Nemesio descendió aliviado. Aún cuando por culpa de aquel paro, le tocaría subir la empinada cuesta hasta llegar al edificio donde trabajaba, experimentó una gran tranquilidad pues desde el momento mismo de levantarse todo había salido demasiado bien,

misteriosa y sospechosamente bien: el despertador funcionó, en el baño había agua y luz, el aseo urbano recogió la basura, el teléfono se oía claro, el cielo estaba despejado, la buseta pasó temprano y el tráfico fluía suave. Demasiado, en demasía por ello, y cuando estaba pensando en volver a su casa para encerrarse a cal y canto en previsión de que algo grave pudiera pasarle, aquel contratiempo le devolvió serenidad al espíritu. Deseoso por llegar a la oficina para quitarse el paltó arrugado, desanudarse la corbata y zafarse de la blog 9 milímetros que portaba en una ceñida sobaquera de cuero, emprendió el ascenso por la calle que desembocaba en la entrada del edificio de la CBPPTCR acróstico impronunciable del Cuerpo Bolivariano de Policía Popular Técnica Científica y Revolucionaria, o sea lo que en cualquier otro país sería la policía judicial o criminal. Al llegar sudoroso le sorprendió la presencia de un cordón fuertemente armado de guardias nacionales en la entrada que con caras de malaleche le pidieron su credencial, cotejaron su nombre con una lista y certificaron el serial de su arma de reglamento. El vestíbulo, usualmente bullicioso permanecía vacío con un silencio poco menos que angustiante. Su oficina estaba en el quinto y último piso de un edificio descascarado, por falta de pintura y con olor a formol, antaño propiedad de una pujante empresa de ron expropiada. Pasó frente a los ascensores con sus viejos cartelones de No Funciona amarillos y llenos de lamparones y comenzó a subir las escaleras. Entre jadeos convino en que si bien el maldito control de divisas impuesto por el gobierno, para administrar unos dólares cada vez más esquivos, impedía comprar los repuestos para arreglar los elevadores, iba a poner a todo el personal más duro que sancocho de pato.

A pesar de la hora, el piso ocupado por la brigada criminal, de la que formaba parte desde su cercana graduación, permanecía en el mismo embarazoso silencio de los pisos inferiores. Al menos la mitad de las oficinas de los comisarios permanecían abiertas y sin nadie dentro. Mosqueado, cuando iba a entrar a su minúsculo cubículo de auxiliar de funcionario, una voz familiar preñada de sensualidad de opereta lo retuvo.

—Hooola, Nemesio, buenos días. Cónchale, vale te felicito.

Era Martica, la secretaria. Pendeja con avaricia y más metida que una gaveta.

—¿Por qué?, hoy no es mi cumpleaños, respondió con frialdad.

—Anda a la oficina del capitán Andrade que te dará tu regalo, y se acercó para arreglarle el nudo de la corbata y abotonarle el paltó arrastrando un insinuante papachooongo, mientras le frotaba las tetas.

Intrigado y molesto por el abordaje, Nemesio se dirigió al despacho del comisario en jefe que parecía estar esperándolo mientras jugaba una partida de *spider* en la computadora.

—Buenos días capitán.

—Cómo estás Nemesio —le respondió sin dejar la partida—. Te felicito desde hoy eres comisario en cargo de primera clase.

—¡Cómo es la cosa! ¿Y a cuenta de qué? Exclamó sorprendido.

Nemesio no podía dar crédito a lo que oía. En su corta vida como policía apenas había ayudado a practicar dos detenciones en las que demostró una singular sangre fría y rapidez de reflejos pero eso estaba muy lejos de calificarlo para comisario de primera clase. Además eso implicaba mucha responsabilidad y Nemesio le sacaba el cuerpo a los compromisos.

—¿Y vas a revirar? Tú sí eres jodido, vas pal cielo y vas llorando.

—No mi capitán, pero me gustaría saber a cuenta de qué. Usted sabe que todavía me faltan como ocho años de servicio para tener ese cargo.

Andrade, sexagenario, de mediana estatura, siempre bien rasurado y con olor a *skin bracer* de Mennen, realzaba la insignificancia de su porte y la opacidad de su vestir con un bigotico de galán de cine argentino. Tan corto en palabras como en cabello, con el típico aire de fastidio de los funcionarios jubilables le preguntó sin abandonar la vista en la pantalla.

—Cuanta gente viste hoy en el pasillo.

—A nadie.

—Cuantas oficinas ocupadas.

—Muy pocas.

—¿Leíste el Nacional?

—No.

—¿Y dónde estuviste este fin de semana?

—En Los Caracas, con mi novia.

—¡Ah, con que en la playa con tu culito! Así que no sabes nada.

—Saber qué, capitán —respondió Nemesio entre molesto y nervioso.

—Pues que "el turco" —nombre con el que era popularmente conocido el ministro de Justicia—, siguiendo las recomendaciones del que te conté —dijo señalando hacia el techo con el índice de la mano que no tenía ocupada en el ratón para referirse al asesor cubano adscrito a la dirección general del CBPPTCR— ordenó que se raspasen a todos los comisarios y personal que estuviera en la lista de Tascón sin derecho ni siquiera de entrar al edificio a recoger sus corotos.

—¿Y entonces? —respondió atónito Nemesio que en un instante se había quedado sin la mayoría de sus compañeros de trabajo.

—¿Entonces? Pues que nos llegó la revolución y voy a tener que darle chapa de funcionario hasta a la señora del aseo. Ponte pilas y vete a tu nueva oficina. Coge la de Rausseo y en unos minutos te envió el oficio con tu nombramiento.

Y continuó con su el juego pensando en cuantos solitarios más tendría que hacer antes de poder retirarse a Villa de Cura con su cagada de pensión.

Aunque a salvo de aquella inesperada *razzia* política, por no figurar en la aciaga lista pública que llevaba el nombre del más maldecido diputado de la Asamblea Nacional y del PaSoBoUnUnVe, Partido Socialista Bolivariano Unido y Único de Venezuela, la sobrevivencia de Nemesio no tuvo nada de heroica pues se debió a una diarrea que la misma mañana del

referéndum para la relegitimación del presidente comandante, pensó que lo disolvería en mierda por lo que impedido de votar, su nombre no figuraba en aquel directorio de corte fascista, como lo llamaba el viejo Julio Castillo ex guerrillero de los 70 y antiguo compañero de clase de su madre en la Universidad Central de Venezuela.

—A veces el culo tiene razón —pensó por un instante.

Al entrar en la oficina de Rausseo, uno de los compañeros despedidos, lo sacudió un sentimiento breve, pero intenso, de indignidad, por la inmerecida promoción, y de usurpación cuando guardó en una caja las pertenencias del veterano policía, para llevárselas a su casa. Puso su chaqueta en el perchero y se sentó en la silla frente a la computadora del hombre cuyo único delito había sido, como el de miles de otros técnicos y profesionales que trabajaban en organismos y empresas del Estado, el ejercer un derecho constitucional. Sintió lástima por él y de paso por los otros, pero en realidad no mucha. Su crianza lo había transformado en un hombre más bien frío y duro aunque con un corazón noble e ingenuo. El entorno infantil de Nemesio discurrió en Lídice, entre bloques obreros entornados por montañas de basura y aguas negras, separados por laberínticas callejuelas siempre custodiadas por aprendices del crimen que con igual maldad que inocencia jugaban metras, volaban papagayo o le vaciaban el cargador de una 45, sostenida con las dos manos, a cualquier prójimo por haberlos mirado mal. Para sobrevivir en medio de tanta violencia gratuita, aprendió a coexistir con aquel malandraje infantil entre tácitos acuerdos de mutuo respeto. Aquellos años duros aunque no llegaron a obliterarle los lóbulos cerebrales de la conmiseración, lo hicieron receloso y proclive a la insolidaridad y al olvido fácil. Lo importante ahora, es que seguía en la pelea, y eso era lo sustancial. Ya lo decía su abuela, doña Eulogia, una gocha más blanca que el bicarbonato y con quien vivía en una modesta casa en La Pastora, desde que su madre lo abandonó: el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Condescendiente modificación del dicho original de negros y blancos que la madre de su ma-

dre, había edulcorado para no herir la sensibilidad negril de su nietogénito, ni condenarlo al socavón refranero de la ignominia mulata. Nemesio era, según nosotros, los blancos, un negro fino, pelo liso, un culí, siempre emperchadito.

A pesar de ello, el promedio de la población, en particular la depauperada y obtusa clase media mayamera, expresaba viejos recelos y otras formas de velado racismo hacia Nemesio Espósito y sus congéneres. Formas de discriminación *light* que se aunaban al racismo, de signo contrario alentado por el discurso del líder-comandante-presidente, como si hubiera un racismo bueno y otro malo.

Nemesio era un tipo bien plantado pues a pesar de su color casi azul tenía unos labios finos, pómulos marcados, nariz perfilada y ojos amielados que formaban parte de su atractivo físico aunque no eran sus únicos atributos pues había que sumarle su altura, su porte delgado y desde luego sus veintiocho años, edad en la que, a decir verdad, todos estuvimos bien buenos. Su éxito en el mundo femenino era seguido por el de no pocos pargos que suspiraban al verlo. Pero Nemesio no terminaba de asumir a plenitud su negritud. Como él mismo decía con humildad: no seré gamuza pero tampoco mal cuero. Sobre todo, la explicación cerca del tema que le dio el instructor cubano de Formación Revolucionaria Bolivariana no terminaba de convencerlo. Aquello que había dicho un tal Fanón de que —*Vaya, mulato que el complejo de inferioridá del negro es un invento de los blancos que los negros han hecho suyo. Así mi negro, que déjate de comemiedadas, además todos los blancos son capitalistas, coño*—. Nemesio razonaba las explicaciones de aquel cubano, gordo de estreno, que de mondongo no tenía un pelo, sin entender porqué no había ocurrido lo contrario, o sea que el complejo de superioridad del blanco era un invento de los negros que los blanquitos habían hecho suyo.

—*El complejo de superioridá no esite, mi sangre, toos los complejos son de inferioridá.*

Si ese cubano, —que era más gallego que el pulpo a feira— no lo estaba mojoneando, entonces si es verdad que los negros esta-

mos jodidos, —pensaba Nemesio que era un hombre muy poco instruido en cualquier tema fuera del policial y de las películas de Bruce Willis y similares.

Cuando colegial estudiaba lo imprescindible para pasar los exámenes, lo que lograba sin dificultad por su prodigiosa memoria y retentiva. La lectura le daba dolor de cabeza por eso, luego de dos años todavía llevaba Shogún por la mitad. Pero sería injusto decir que su holgazanería literaria estaba exenta de curiosidad intelectual. Al menos una vez cayó en la tentación universitaria de la teorización y en ello la búsqueda del descubrimiento de sus orígenes tuvo una gran importancia.

El joven detective fue el resultado del cruce entre Nieves Blanco, el negro carabalí más retinto de Curiepe, maestro percusionista del culo e' puya, y Margarita Espósito, una blanca, estudiante de antropología que haciendo el trabajo de campo para su tesis, en aquella antigua rochela colonial decidió, en el aquelarre de la noche de San Juan, mejorar su *rapport* con los nativos, bailando tambor, tomando ron y despojándose, incluyendo la ropa, de cualquier prejuicio epistemológico, para fusionarse con los valores de la cultura local encarnados en aquel negro sabrosón y mejor dotado.

La tesis de la hija de doña Eulogia terminó llamándose Nemesio por lo que la buena señora siempre lo tuvo por avispado y estudioso aunque el color de la portada nunca terminó por gustarle. Margarita tan alegre y voluble como una flor, en un si, no, si, no, terminó por dejar a Nemesio, siendo apenas un niño de diez años, a cargo de la abuela e irse con un cantante de rancheras y narcocorridos a Tamaulipas donde le había prometido que sería la güerita del pinche güey más cabrón de toda la frontera cercana a Matamoros. Después de dieciocho años, doña María todavía no había recibido ni una carta de su hija y del hijo de la chingada ni un puto CD.

Antes de la gran nada que subyacía en el no muy profundo consciente de Nemesio saltaban, como liebres de colores, vagos recuerdos de su pizpireta y *happy* mami pero ninguno

de su oscuro padre. Tratando de comprender que era aquello del mestizaje, decidió seguir los pasos de Margarita y comenzó estudios de Antropología en la Universidad Central de Caracas lo que duró hasta que su profe de estructuralismo frente a su manifiesto desinterés por la lectura le hizo entender que esa carrera no era para él; que era para hijos de inmigrantes que buscaban una carta de identidad para el alma e implantarse una conciencia nacional para mandar a la mierda a sus padres por haberlos sacado de su nicho natural.

—No pierdas tu tiempo, tú hueles a parchita y a guanábana. Aquí no vas a encontrar lo que buscas, porque tú eres lo que buscas.

Nemesio nunca entendió lo que quiso decirle aquel profesor que tenía fama de fumarse una lumpia todas las mañanas en ayunas. Pocos días más tarde otro profe, el de arqueología, durante la exhumación, de los ejecutados extraoficialmente durante los motines de 1989 en una fosa común llamada la Peste, del cementerio General del Sur de Caracas, se percató del esmerado cuidado con que limpiaba etiquetaba y ordenaba los huesos según el plano mental total del esqueleto humano con el nombre de sus 206 piezas sin contar dientes, wormianos y sesamoides que retenía en su memoria y en su no conciencia más próxima.

—Nemesio, yo creo que deberías meter tus papeles en la academia de policía forense y criminal. Una persona como tú conseguiría chamba rápido. Apúntate al progreso, a la industria del porvenir: la represión del crimen organizado, —le sentenció con tono de vendedor de inmuebles.

—¿Por qué no?, —pensó Nemesio para quien aquello de la chamba comenzaba a ser un tema más apremiante que lo del mestizaje.

Sería aquel mismo cubano, pozo de sabiduría, quien sin necesidad de tantos libros le explicaría, con palabras sencillas, aunque sin convencerlo del todo, el cómo y el porqué del mestizaje.

*"Te voy a desí mulato, tú sabe que los primeros gallegos que llegaron a las Américas andaban sin mujeres y estaban mu alienaos a la religión, el opio de los pueblos vaya, y los curas les tenía ese chichón de que si se hasían la puñeta les iban a sali pelos en las manos. ¿Tú te imaginas mi negro?, ninguno iba a dejá que eso le pasara. Figúrate nada más el chalequeo de los compañeros llamando pajuo al que tuviera las manos pelúas. Por eso, en cuanto aquellos gallegos birriondos de meses vieron a esas indiesitas con sus téticas paraítas frotándose el chichi cuando se bañaban en el río. ¡Qué babarida! te lo cuento y se me pone dura. ¡Qué se iban a acordá de la Paca de Calatayú ni de la madre que los parió!. Se pusieron a follár como unos locos. Fue la gran singadera continenta, caballero. Aquí en Cuba, en Colombia, en donde había una india había un español pa pegásela. Eso fue el mestizaje, mi sangre. Una etapa del materialismo histórico.*

Después de escuchar con sumo interés, Nemesio recordaba que le había hecho algunas otras preguntas. Como, ¿Qué hacían los indios?

*—Y yo qué coño se, a los indios que les del puel culo.*

¿Porqué no había mestizos en Estados Unidos si los colonos de allá también eran cristianos?

*—No me jodas, Nemesio, no seas comemieda, tú no ves que los mestizos y los negros son de izquieda y el capitalismo es de derecha. Además* —concluyó visiblemente molesto— *déjame decite que en revolusión lo primero que se aprende es a no comé mucho y a preguntá poco.*

Ciertamente Nemesio no osó continuar inquiriendo a su instructor. Alguien algún día le explicaría porque su padre, negro del África negra, heredero de animismos milenarios tan distantes del Vaticano y sus prejuicios, se había refocilado con su blanca madre.

Extendió los largos dedos sobre su nuevo escritorio recordando aquello de que la necesidad tenía cara de perro, sin tampoco entender por qué el rostro del estólido y noble cánido debía ser el de las miserias humanas. Los sobres protectores brazos y cuidos de su abuela, para compensar la orfandad a la que lo sometió su casquivana madre, le permitieron pasar por la adolescencia

con el solo trauma de su color. Saberse querido, con casa, cama y comida le hizo más fácil enfrentarse con las miserias y retos cotidianos del barrio, sin que nunca rehuyera una pelea si era menester, ni se marginara de pillerías si su hombría estaba en juego. Los tiempos de ahora seguían siendo difíciles aunque por otras razones y no pensaba perder lo que la suerte le había dado y lo que personalmente logró gracias a los sacrificios de su abuela que muchos pisos y pozetas tuvo que limpiar para costear sus estudios, —y el cerro de bolas que le eché —se decía sin mucha convicción—, para sacar las mejores notas de su promoción.

Aún perplejo por su inesperado ascenso, trató de ver el lado positivo. Recibiría mejor sueldo. Un jugoso aumento con el que podría comprarse un cagajón para ruletear con la jeva de turno. A partir de ese momento comenzó a ver su profesión con otros ojos y hasta se planteó hacer carrera aunque para ello debiera pasar agachado y calarse las mamagüevadas de los partidarios del líder-comandante-presidente.

Con un chicle en la boca y la blusa más desabrochada que de costumbre Martica entró a su despacho con el oficio y sin mediar palabra lo puso en la mesa, mientras se adueñaba de su entrepierna.

—Entonces, mi comisario de primera, cuando me sacas a una cena con desayuno incluido para que me claves ese hierro bien clavaó.

Nemesio le retiró la mano con violencia y en tono glacial

—Vamos a respetarnos Martica, desde hoy se acabó la joda entre nosotros, te dejas de confiaderas conmigo y si quieres seguir chambeando, tú sabes cómo es, ¡distancia! Y te me vas a comprarme una arepa de queso amarillo con cochino, y una maltica.

—¡Coño, que karma con esta carajita balurda! —Pensó—, maldito el día que me la cogí despechao y curdo.

Martica, asombrada no tardó en reaccionar.

—¡Así es la cosa! aún no has visto tu nombramiento y ya me mandas al carajo. Ah, claro como eres comisario ahora ya no

te sirvo. Razón tiene mi comandante que dice que la bulguesía desprecia al pueblo. ¡Ojala y te mueras plasta e'mierda! —y dando media vuelta se retiró con un sonoro portazo.

Nemesio sintió un gran alivio al sacudirse de una vez por todas a Martica.

—Más nunca meto el huevo en la nómina, además que se creyó esa carajita ¿qué me iba a prensar? ¡Qué vao!

Sexualmente Nemesio era un hombre en todo el sentido de la palabra, un gimnasta obsesivo e inmaduro.

—Sexo seguro como decía el viejo poeta merideño, a la que me lo pida se lo doy y como no hay hombre que no lo dé ni mujer que no lo pida… —así reflexionaba Nemesio creyéndose tan seguro de sí mismo que jamás pensó que podría ocurrirle lo que a lo largo de estas páginas iremos narrando.

Hacia el mediodía recibió una llamada del comisario Andrade.

—Ven a mi oficina tienes un trabajo urgente.

—Un 1010, en la cancha del colegio estatal Aragua del Cují. Encárgate del asunto.

Nemesio no atinó que decir, ni como comenzar. Un 1010, un asesinato. La cosa era en serio, poco le había durado la mangüangüa, la parte bonita del cargo. Su primer caso a una hora de ser inspector jefe. Sintió un retorcijón de tripas que nada tenía que ver con la arepa posiblemente envenenada de Martica. Trató de poner la página de la sección protocolos del manual de procedimiento en su memoria pero se volvió un culo.

—¿Y donde queda el Cují?

Andrade se bajo con un dedo los lentes y se quedó mirándolo.

Nemesio no insistió.

—¿Y con qué patrulla voy?

—Agarra uno de los peroles iraníes que todavía prenden.

—¿Y quien va a ser mi compañero?

—Compañera, Fabiola Bustamante.

—¿La sargento bustoalante?

El capitán le dirigió una mirada seca y dura. Sabía tanto como él que la sargento tenía tan mal cartel como buenas tetas. Qué diablos protestas, le decían ahora los ojos cansados de Andrade,

De Fabiola se podría decir, para comenzar a presentarla, que era un *human being*, con las mejores formas que pueda tener una mujer joven a los ojos de cualquier hombre. Una hembra tan sensual como extraña, con muy pocos amigos de ambos sexos en la institución a causa, nos diría un psicoanalista, de los miedos ocultos que despertaba. Baste decir por ahora que Fabiola, después de abandonar inexplicablemente sus estudios en la academia de oficiales, a pesar de tener las más altas calificaciones de su curso, decidió ingresar al cuerpo como policía raso aunque debió aceptar su nombramiento como sargento. Su discreto desempeño y la olímpica indiferencia con que trataba a sus compañeros despertaron todo tipo de habladurías. Se le reprochaba una altivez insufrible; se le enrostraba el estar demasiado buena, el que anduviera siempre sola y sin pareja conocida, motivos suficientes para que la tildaran de mantuana, reaccionaria y lesbiana y por no haber completado sus estudios, de lésbica brutaza.

—Los compañeros dicen que tiene el cerebro en las lolas,

—Pues pónselo en su lugar y arranquen que para luego es tarde.

Nadie sabía nada preciso sobre Fabiola Bustamante con excepción del comisario Rausseo el único que la tuvo siempre en muy alta opinión. Lo que si sabían todos es que Fabiola era nieta del "lobo" Bustamante el director más famoso de la extinta Policía Técnica Judicial, un hombre taciturno con voz de trueno, conocedor de los más inconfesables pecados de altos personeros de gobiernos pasados y del presente, razón más que suficiente, pensaba Nemesio, para que a pesar de haber abandonado los estudios y seguramente ser más escuálida que la sifrina Laura Pérez, no la hubieran botado como a los demás. Lo cierto es que aquella hembra maciza de aire ausente podía ser una caja de sorpresas

Camino a la patrulla, Fabiola, con blusa blanca de mangas cortas derrochaba físico sin querer. Balanceaba el maletín para efectuar las primeras experticias criminalísticas al compás que sendas nalgas prietas, embutidas en unos estrechos tejanos, le imprimían a sus largas piernas rematadas en unos zapatos de medio tacón. Al cinto, una deslumbrante Magnun 44 niquelada con cachas nacaradas, regalo de su abuelo, y un rosario de estuches de cuero para guardar otros tantos *gadget* policiales entre los que no faltaba la inefable Victorinox. La llamativa chapa de identificación colgada del cuello pendulaba bajo sus ubérrimos y firmes pechos que, a pesar de las apariencias, eran suyos de ella y no postizos como los de muchas hembras frustradas de nuestro triste trópico.

Se sentó al lado de Nemesio y puso en el techo del Saipa 141 pintado de rojo el faro-sirena. Durante el viaje al Cují no cruzaron una sola palabra. El silencio de Nemesio traslucía dudas y desasosiegos. Todo había sido demasiado rápido. Su nombramiento, el disgusto con Martica, las responsabilidades de su nuevo cargo, el reto de enfrenarse por primera vez como comisario jefe a un crimen sin ninguna experiencia previa, la desconfianza que le producía la designación de Fabiola como su ayudante y para colmo lo que remataba su intranquilidad más inmediata: la cagada de carro patrulla que le habían asignado. Aquel triunfo tecnológico, ensamblado en el país, que se vendía al público con 5.000 kilómetros de garantía o doce remolcadas de grúa, obra de los ingenieros de Mahmud Ahmadineyad, había comenzado a recalentarse y el motor pasaba aceite con todo y lata. Cerca del Cují, al comienzo de una empinada cuesta, la temperatura de la máquina llegó al máximo. Hubo una explosión y el carro se detuvo en una curva en medio de una nube de vapor de agua. A pesar de ello la sirena continuó sonando no para anunciar su presencia imperiosa sino en lastimera demanda de auxilio. Nemesio maldijo la puta madre de Ahmadineyad.

—Esos árabes de mierda.

—Los iraníes no son árabes, son persas —le corrigió Fabiola que no había pronunciado palabra en todo el viaje y que a

pesar de su permanente inexpresividad parecía divertida con todo aquello.

Detuvieron en la vía el primer vehículo que pasó, un viejo jeep Nissan sin techo que los remolcó hasta al Cují.

La ruinosa aparición de los detectives suscitó la hilaridad y rechifla colectiva de los curiosos que se convirtieron en silbidos de admiración para la súper agente Fabiola y miradas silenciosas hacia Nemesio que debió imponer su autoridad poniendo cara de arrecho y hablando golpeao.

El colegio Estatal Aragua, al borde de la carretera, permanecía bloqueado por varias patrullas y motos de la policía municipal, una ambulancia de los bomberos y una camioneta del Servicio Bolivariano de Inteligencia Militar, con dos militares. Los curiosos pescueceaban a ambos lados de la vía. En una bodega frente del colegio varios agentes de la policía local trataban de calmar a una inconsolable señora rodeada de lo que parecía ser una familia numerosa.

Con el manual de procedimientos *on line*, Nemesio se identifico como comisario a cargo y ordenó que dos municipales los llevaran a la escena del crimen. No faltaron voluntarios que quisieran acompañarlos para bucearse a Fabiola. Preguntó de que se trataba y le dijeron que de una cabeza humana. Dos militares de la SEBIM se sumaron al grupo sin ser invitados. Nemesio no podía oponerse, sabía lo inconveniente que podía ser meterse con los milicos, aunque les agradeció no entorpecer sus labores. Camino a la instalación deportiva donde se encontró la cabeza decapitada, se percató que los funcionarios y los militares sólo tenían ojos para ver los pechos de Fabiola.

—Me haces el favor y te abotonas la blusa —le ordenó tajante en voz baja.

—Ok —y obedeció la orden.

Al pie de un dispensador de agua, en una caja de cartón de galletas Sussy el macabro despojo con los ojos abiertos miraba a los policías compungido. Los municipales se quedaron a una prudente distancia y los militares luego de echar un vistazo y

sacar varias fotos, mudos pero con cara de asco, se marcharon sin dar explicaciones.

Fabiola puso una pequeña grabadora sobre una mesa cercana, sacó del maletín unos guantes quirúrgicos y cual mariposa atraída por la luz tomó la cabeza entre sus manos mientras tatareaba un fragmento de la Quinta Sinfonía.

—Cabeza euroasiática con tumefacción aguda supra orbital…

Nemesio la interrumpió para afirmar su autoridad y conocimiento.

—Busca huellas dactilares en la caja con fluorescente amarillo y verde y si no consigues nada usa vapores de yodo, nitrato de plata, o Ninhydrin y luego te pones a buscar evidencias circunstanciales, tú sabes, yeso, pinturas células epiteliales o tierra.

—Ok, —respondió sin hacerle caso— ¿No te parece fascinante? Mira, mira, —le dijo acercándole la cabeza y abriéndole los párpados—. Pupilas dilatadas con hemorragia interna, lleva plasmado el terror del último momento.

Nemesio no pudo refrenar cierta repulsión y hecho la cabeza hacia atrás.

—Aja, si, veo —pero en realidad lo que veía por primera vez era la muerte fresca y no huesos astillados o cadáveres de la morgue. El rostro sin vida de un desconocido retándolo desde el más allá a descubrir lo que le había pasado.

—A este hombre lo mataron seguramente de varios tiros antes de cortarle cabeza de eso no me cabe la menor duda, continuo Fabiola.

—Sigue con tu reporte y trata de hacer una cuagulocronía —le dijo en voz alta para que lo oyeran los municipales —yo me voy a interrogar a los testigos y a la gente que dice que es su familia.

El guachimán que encontró la cabeza, le informó que tan pronto hizo el hallazgo llamó a la policía y al señor Jesús Alberto Carmona padre del muerto.

—Yo conocía e ese muchacho, a veces venía a la bodega a echarse palos con alguno de sus hermanos.

Se acercó para hablar con la presunta familia del asesinado, pidiéndoles calma y la comparecencia de alguno de los familiares para hacer una identificación positiva de la víctima. El más joven de los hermanos de nombre Jonás se ofreció.

—Quédate por aquí que ya te llamaremos.

Mientras tanto la sargento se había dedicado a explorar el bosque que rodeaba la cancha de basket en busca de indicios lo que la llevó a descubrir, entre la maleza, al lado de una quebrada, un cuerpo sin cabeza que los policías municipales trasladaron al salón de clase donde estaba la cabeza sin cuerpo.

Al regresar, Nemesio le comentó a Fabiola.

—Esa familia si es rara, parecen judíos tienen siete hijos y los varones, se llaman, déjame ver, Oseas, Amos, Joel, Jonás, Zacarías y Nahum, y las hermanas Lea y Alegría suenan como nombres de la Biblia.

—En realidad son los nombres de algunos de los doce profetas menores que escribieron una parte del Tanaj hebreo. Seguro que son evangelistas, pero ven acá que te tengo una sorpresa.

—¡Verga! Mejor me quedo callao —reflexionó sorprendido, pero al ver cuerpo experimentó un alivio.

—Este caso lo cerramos rápido, hazle las pruebas biométricas y nos vamos a casa.

Pero de nuevo Fabiola debió corregirlo

—Me temo que el caso será algo más complicado de lo que crees porque este cuerpo no tiene nada que ver con esta cabeza. Llama al miembro de la familia que va a identificar la cabeza para que veas que no me equivoco.

Con admirable entereza Jonás identificó la cabeza como la de su hermano Nahúm, respecto al cuerpo, al verlo negó rotundamente que fuera su hermano por su tamaño, peso y vestimenta,

—Mi hermano tiene una herida de bala en el hombro derecho.

Fabiola descubrió el hombro del cadáver. Efectivamente estaban frente a un doble asesinato.

Jonás se quedó mirando el despojo de su hermano.

—Yo te avisé que no jueras con esas juntas ni te metieras a sapo porque te iban a quebrá.

El calor y las moscas aumentaron la desazón de Nemesio ante la inesperada complicación que tomaba el caso mientras que para su sargento ayudante la situación se hacía aún más interesante al prometer no pocas sorpresas.

—¿No te lo dije? El verdugo que guillotinó este cuerpo no tiene nada que ver con el carnicero que degolló esta cabeza. Observa, —le dijo, y al agacharse expuso un trozo de su anatomía de piel aterciopelada y bronceada; la parte inferior de su espalda, allí donde comienzan los glúteos. Los ojos de Nemesio se fijaron en el pequeño triangulo de encaje blanco de una tanga de la que partían dos finas tiras que se extendían por su caderas y una tercera que se hundía hasta lo más profundo de su imaginación cada vez más calenturienta y confundida.

—¿Será de verdad cachapera? Coño que desperdicio —elucubró.

—Fíjate Nemesio —y volvió a acercarse con la cabeza en las manos—, en todos estos trozos de carne, músculos, vasos y arterias que cuelgan, parece que hubieran sido cortados con un cuchillo de cocina sin amolar y por los restos de cemento que se ven adheridos a los tejidos y al hueso astillado el que hizo esta carnicería debió auxiliarse de algún bloque de concreto para separar la columna vertebral, por el contrario observa el cuerpo. El corte es una maravilla, parece una tomografía. Para hacerlo se requirió de un instrumento grande y pesado, con el filo de una hojilla de afeitar y descargado con una gran precisión y velocidad. Una cosa así sólo lo hace una guillotina, una katana, un hacha de verdugo o una cimitarra en manos de un profesional. Sin embargo hay una cosa en común en los dos crímenes. Los restos debieron estar en algún momento en el mismo sitio. El olor impregnado en la ropa, en el pelo y en la caja de cartón es el de un basurero público.